

La vocación

A lo largo del curso ha sido una preocupación permanente de muchos de vosotros buscar y facilitar el encuentro con el Cristo, el Señor, en la oración, en los sacramentos. Así lo habéis vivido con tensión gozosa.

Oís en vuestro interior una voz, una llamada clara o tenue: 'Busca a Cristo. Sal a su encuentro. Déjate encontrar. Busca a Cristo, que te acompaña de cerca, que responde a tus anhelos'.

En medio de un abigarrado mundo de jóvenes, para los que Jesús apenas dice algo, o carece de sentido e interés, o que 'pasan' lamentablemente de Él, me produce admiración y gratitud veros a todos vosotros, con vuestra mirada iluminada por la luz del rostro de Cristo. En esto también coincidimos. Con vosotros estoy buscando cada día al Señor y, como vosotros, tengo la certeza de su amistad y de su compañía. ¡Qué viaje más triste la vida sin Cristo!

Este camino de Santiago, hasta Santiago, es continuación del empeño de todo el año, y entraba en vuestro horizonte del curso. El camino de Santiago es un camino '*Al encuentro de Cristo*'.

No habéis improvisado esta marcha. Durante meses os habéis preparado, os habéis reunido, incluso muchos de vosotros os habéis entrenado con marchas por las Vicarías, precedidas de catequesis.

Estáis aquí y sabéis bien por qué habéis venido, para qué habéis hecho, con esfuerzo, este camino. Así se viene a Santiago.

Un día dijo Jesús: '*¡Poneos en camino!*'. Y lo habéis escuchado, le habéis obedecido. Habéis recorrido varias etapas del camino de Santiago. La brújula de este camino ha sido su Palabra cálida, clara, su misma vida. Y Él se ha preocupado de prepararos cada jornada la mesa en que ha compartido con vosotros su Pan, y Él mismo, amigo en el camino, os ha servido a cada uno. Impresionante. ¡Qué maravilla!, de verdad, dice alguien que conocéis.

¿Qué os ha pasado en el camino? ¿De qué hablabais entre vosotros?, preguntó también Jesús a dos caminantes, y lo habéis comentado. Contad qué habéis visto en el camino. La mochila, a las espaldas, el bastón para apoyaros, alegría y esfuerzo en el corazón. Un paso detrás de otro. No importan las ampollas. A veces jadeando. Cerca un amigo sacerdote. Compañeros por el camino en la misma dirección, de cuántas partes. Compañeros de otras diócesis. Muchos. Jóvenes de Europa. ¿Qué tiene Santiago, que así atrae? Aquí ya y en camino se aprende a saberse Iglesia. Aquí los jóvenes estáis abriendo caminos seguros al futuro de Europa. Respirad el aire de la fe, del ardor, de la vida de Cristo. Con ellos se hace Europa, la nuestra, la vuestra.

A poco que abráis los ojos, muchas veces en el camino, en silencio fecundo, rezando, en el testimonio de un compañero, en los momentos de descanso, al acabar cansados la jornada o al iniciar de mañana la marcha, habéis visto que Jesús iba delante. Gracias a él hacíais el camino, con Él lo estabais haciendo. Él va delante siempre.

El camino va a terminar, ha terminado. Lejos de Alicante, junto a tantos miles de jóvenes, entendéis que ha sido correcto y bueno el camino, que lleva a Santiago, porque acaba en Cristo. Ha sido camino '*al encuentro de Cristo*'. Y ha surgido la sorpresa, y es que el Señor os ha hecho ver a esos miles de jóvenes, que sin conocerlos, han coincidido en el mismo camino. Sentís la alegría de que Cristo es amigo común. Jesús os ha manifestado a la Iglesia, que Él tanto ama.

Siempre ocurre lo mismo, el encuentro con Cristo lleva a la Iglesia. Encontrarse también con la Iglesia es garantía de que ha sido cierto el encuentro con Cristo y no sólo algo imaginado o meramente presentido. Jesús os dice: 'Mira cuántos amigos tengo. No están

todos. Son también tus amigos. No os conocíais, y pronto establecéis una relación de amistad'. ¿Qué tiene Jesucristo que sigue atrayendo a jóvenes de todos los países?

Espero que, cuando regreséis a casa, las mochilas se habrán aligerado de peso, pero las llevaréis apretadas de esperanza. Llevad a Alicante esperanza en abundancia. Gritad la esperanza a vuestros compañeros. Decidla en las terrazas, en vuestros institutos, en la universidad, en el trabajo, en los grupos de la parroquia, en la 'zona' también. Vosotros os habéis encontrado con Alguien, que da esperanza. Vais a servir decididamente a la esperanza.

Esto quería compartir con vosotros, mis buenos amigos jóvenes de Alicante. Y después de vivir y anotar con cuidado en vuestro cuaderno y en vuestro corazón las ricas vivencias de la gracia y de la amistad de Jesús, dejadme que os repita y os proponga la pregunta vital y firme que le hizo a Cristo uno que de repente se encontró con Él. Ese 'uno', más tarde, dirá que, como siempre, fue Cristo quien le salió al encuentro. Cristo siempre viene a nuestro encuentro.

Me estoy refiriendo a San Pablo. Él fue quien preguntó a Cristo. '*Y, ahora, ¿qué quieres que haga?*'. Ésta es la pregunta correcta. No qué haré, sino qué quieres Tú que yo haga. Y la respuesta se la dio la Iglesia. 'Ananías te dirá lo que tienes que hacer'.

Eso le dijo también Santiago al Señor. Y, porque se puso a hacer lo que el Señor le decía y ofrecía, llegó hasta Compostela. No fue fácil. Dicen que tuvo que animarlo la misma Virgen María junto al Ebro. Porque puso su vida en manos de Cristo, en buenas manos, hoy es capaz de reunir a jóvenes de toda Europa.

¿Queréis, cada uno, decir de corazón esta misma pregunta? ¿Tienes el corazón abierto para decirla?. Al término del encuentro, tan sincero, como Pablo, como tantos a quienes Cristo les ha salido al encuentro, en la verdad serena de esta mañana os invito a decirle al Señor. 'Ahora que de nuevo me he encontrado contigo, ¿qué quieres que yo haga? ¿Qué esperas de mí? ¿Qué proyecto tienes sobre mí? ¿Para qué me has salido al encuentro? Para algo me llamas. ¿Para qué, Señor, Señor amigo?

La vocación

He escrito unas reflexiones sencillas sobre la vocación. Es una realidad que se ha dado ya en nuestra vida. La vida es vocación. Existimos, porque fuimos llamados a vivir. Dios pronunció nuestro nombre y vinimos a la vida. A esa llamada primera han seguido otras llamadas. De modo que cada tramo de nuestra vida está marcado por una llamada de Dios.

Porque vinimos a la vida con un proyecto de Dios sobre cada uno. Así se canta en la carta a los Efesios. Conocemos que Dios tiene un 'sueño' sobre cada uno de nosotros. Y de modo repetido nos preguntamos si estamos realizando ese proyecto de Dios.

Os presento, en primer lugar, un breve resumen sobre las páginas de la vocación, como las leo en la Sda. Escritura o como ha ido aconteciendo en la historia de la Iglesia. En un segundo momento os hablaré de la vocación a la fe. Por último y con todo interés, quiero ofrecer os la llamada al ministerio y a la vida consagrada.

1. - Mapa de la vocación

1. *En la Sagrada Escritura.*

* A Abrahán Dios lo llamó por su nombre. Sal de tu tierra y yo te mostraré el final del camino. Abrahán creyó a Dios y se hizo caminante y contó estrellas. Nosotros somos 'hijos de Abrahán'

*A veces la vocación es insinuante. "Si quieres", es suave, como brisa fresca.

*O tiene un proceso de preparación, incluso desde el seno de la madre, como a Jeremías o a Juan Bautista.

*Dios provocó la atención de Moisés y lo llamó desde una zarza que ardía sin consumirse; la curiosidad le llevó a oír la vocación de Dios sobre él.

*La vocación se detiene en un boyero, o en el más pequeño de los hijos de Jesé de Belén, el 'pelirrojo', o busca pescadores pobres,

*Llama a niños, como a Samuel, a jóvenes o llama a adultos, llama también en la tercera edad.

*A Eliseo lo llamó por la voz de Elías. Como Andrés a Pedro, o Felipe a Natanael. Es la mediación tantas veces repetida.

*En ocasiones encuentra resistencia y muchas 'pegas', y es que hay vocación verdadera, aunque no haya inclinación. La vocación de Jeremías es un caso muy claro del sentido de la vocación. Y conviene detenerse en ella. Las señales de la vocación no la dan siempre las inclinaciones de la persona. Es un ejemplo claro de que la vocación nunca surge de mí mismo. Quien llama es Dios, es Jesucristo, me guste o no me guste.

*Hay vocaciones totalmente inesperadas y sorprendentes, como la del usurero Mateo. Ninguno de nosotros se hubiera fijado en una persona de la profesión o fama de Mateo para ofrecerle el sacerdocio. Dios llama a quien quiere y no valen antecedentes, aunque nosotros los miramos desde nuestra limitación.

*A veces a la sorpresa se une el ser violenta y fulminante, como a Pablo.

*El lugar es la propia casa, como es la vocación de María, Nuestra Señora, o el templo, como a Samuel, o el campo donde se labra, o la ribera de un lago, que quería ser mar, en un camino, en el monte. Es curioso trazar el mapa de las vocaciones. Cualquier lugar, cualquier etapa de la vida. Nunca es tarde.

Una de las primeras cosas, que hizo Jesús, después de ser bautizado y soportar y vencer la tentación en la cuarentena del desierto, fue **llamar**. Darse a conocer y llamar.

"Pastores dabo vobis". Piensa en dar pastores. Que esté segura y tranquila la comunidad. Por parte de Jesús, habrá pastores.

Entonces inició una lista. Empezó por Doce. Hoy la lista es muy larga. En esa lista están los nombres de algunos de nosotros. "Acérquense los que van a ser ordenados sacerdotes". Se pronunció nuestro nombre, ¿Lo recordamos?. Dimos un paso adelante y nos tumbamos en el suelo. Así se entra al orden de los diáconos y presbíteros.

¿Qué respondemos los así llamados? ¿Nuestra respuesta es como la de María? ¿Es como la de Santiago, la de Pedro o Pablo? Así lo deseo por vosotros mismos, por la Iglesia, por el Reino de Dios

2. - En la historia de la Iglesia

Todo esto ocurrió en el Antiguo Testamento y en tiempos de Jesús. Cuando el Señor subió al cielo, Jesús siguió llamando, pero la voz la ponían los Apóstoles. Rezaron al Señor para pedirle que fuera Él quien designara al sucesor de Judas. Luego ellos llamaron a los diáconos, a Bernabé también. Nombraban presbíteros en las comunidades.

Hay otras modalidades de las que se ha servido el Señor para llamar o insinuar la vocación. Os ofrezco algunos casos o ejemplos:

-Fue, a veces, el testimonio de los Santos. 'Lo que hicieron San Francisco y Santo Domingo, ¿no lo puedo hacer yo?'. Ésa fue la pregunta que se hacía San Ignacio. El testimonio de un sacerdote o

de un creyente ha sido el inicio frecuente de la vocación en muchos de nosotros. De nuevo, la mediación tan frecuente en la historia de las vocaciones.

-En otras ocasiones fue la escucha de la Palabra de Dios. Entró Antonio en el templo en el momento en que leían un texto del Señor: 'Vende lo que tienes, y dalo a los pobres'. Y San Antonio, abad, escuchó en esas palabras su llamada, vendió efectivamente todo lo que tenía, y fue padre de los ermitaños.

-Otras veces ha sido la confesión de los propios pecados el momento de la vocación. Así le ocurrió a Carlos de Foucauld.

-Y ha ocurrido con frecuencia que surgiera la vocación de la contemplación de la situación en que viven los hombres, los niños, los enfermos, los presos. Han sido tantos los fundadores y fundadoras, que encontraron la llamada de Dios a través de situaciones dolorosas e inhumanas.

-Para terminar, en muchos casos, la vocación se ha iniciado por la situación del Tercer Mundo y la necesidad de extender el Evangelio, acompañándolo del servicio a la promoción de los hombres y mujeres. Han sido los misioneros y misioneras, que se cuentan por millares y hasta dar la sangre.

Aquí tenéis un breve mapa e historia de bolsillo y fundamental de vocaciones de servicio.

3. - En todas estas vocaciones hay una pregunta directa, personal, que alcanza por entero al llamado: '¿Puedo contar contigo?'. Pregunta Dios, o pregunta el Señor: '¿Me quieres seguir, sin que te indique ya la ruta palmo a palmo? Ponte a seguirme. Es tarea que no se acaba'. Así termina el Evangelio de San Juan, en el capítulo 21. La última palabra pronunciada por Jesús en este Evangelio todavía resuena: ¡Sígueme!

4. - Pon fin, destaco un dato que se ha dado en todas o en muchas de estas vocaciones, como es recordar y contar el acontecimiento de la vocación, como un hecho de gracia y de amistad de Jesús. Por ejemplo, a San Pablo le gustaba recordar y contar su vocación. Dos veces lo hace en el libro de los Hechos, y muchas veces alude a ella en sus cartas. La vocación es de los hechos que se recuerdan. Nos dirán los primeros, que siguieron a Cristo, que eran 'las cuatro de la tarde'.

2. - Soy cristiano, por la gracia de Dios

La vocación, ante todo, es un acontecimiento de gracia y de amistad de Dios. Algo ha acontecido en el llamado. Algo que es fundamental y esencial. Os he hablado de la vocación a la vida, porque a ella fuimos llamados por el Señor. Él me llamó y empecé a existir. Es la voz potente de Dios, de que habla el salmo, una voz creadora. Dios llamó por su nombre al sol y el sol empezó puntualmente a alumbrar y calentar la tierra. La creación es una vocación. Así la presenta el libro del Génesis. Demos un paso más, después de empezar a vivir.

1. - En los que aquí estamos ahora, hay algo que explica hoy, o debe explicar nuestra vida, es decir también nuestro modo de vivir. Lo que hacemos y lo que hemos renunciado a hacer, el modo y estilo de hacerlo, y las motivaciones. Porque la vida no es sólo lo que hacemos o realizamos; tal vez y más íntimamente, la vida es el concepto, que tenemos de ella, el porqué de nuestra existencia concreta, los valores, que apetecemos, buscamos, o que regulan nuestras acciones, reacciones, omisiones, nuestra operatividad y nuestras abstenciones.

En nosotros, concretamente, la explicación de todo esto es la fe. Por la fe podemos explicar a los demás el sentido de nuestra vida. Entre la fe y la vida hay una coherencia, o si se quiere mejor, una impregnación, porque la fe, como virtud, como actitud, no se vive al margen o tangencialmente a lo que es vivir. Porque, dentro de su riqueza, que es grande, la fe es

muchas cosas a la vez, pero, sobre todo, empieza por ser respuesta a una llamada, a una vocación. Se le llama obediencia. Así se define a la fe.

La fe, por eso, es aceptación humilde y comprometida, gozosa de una oferta, de un don, que se nos ofreció, se nos dio. Es la gracia de ser cristiano.

Mi fe **en** Cristo, **a** Cristo es el segundo movimiento, no el primero. El primero es la vocación. Es la llamada. Mi vida de cristiano es una vocación. La iniciativa la tomó Él. 'Soy cristiano por la gracia de Dios'. No por mi esfuerzo, sino por una llamada. Es algo gratuito. No hay respuesta, si no hay llamada.

2.- La vocación radical al seguimiento de Jesús, a fiarme de Él, a un modo de entender y realizar en concreto la existencia de mi vida personal y concreta, aquí, en este momento histórico, y sin duda con proyecto de futuro, es la vocación al bautismo, a sumergirme en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, a empezar a pertenecer a la comunidad (Cf. 1 Pe 1-2)

Por eso soy radicalmente cristiano, es decir, desde la raíz, que da y garantiza la vida. Eso es algo vital para mí. Tanto como un nuevo nacimiento (Cf. Jn 3). Ser cristiano: El gran acontecimiento de mi vida. La suerte inmensa de ser cristiano.

¿Entiendo y vivo así mi bautismo? ¿Qué signos de esta vitalidad imprime el bautismo en mi modo de vivir y valorar los acontecimientos de la vida?

3.- Pero, después del bautismo, en todos nosotros, se da otra vocación. Dios nos llama o para formar una familia, o para servir a la comunidad o a otros carismas 'sin el corazón dividido', como dice San Pablo.

He de recordaros que el matrimonio es verdadera vocación. Los jóvenes cristianos, que os casáis, lo hacéis responsablemente, porque entendéis que el Señor os llama a formar una familia. Es vuestra vocación. Es una gran vocación, comenta San Pablo, y refiere este sacramento a Cristo y a la Iglesia. (Cf. Ef 5, 32).

3. - Rasgos de la vocación al servicio total del Señor y de la Iglesia

Pero ahora querría pedir os que centrarais vuestra atención en otro acontecimiento, que se ha dado en muchos de nosotros, sacerdotes o religiosos y religiosas, hecho fundamental y fundante de nuestra vida y del modo de vivir. Y debo presentároslo por fidelidad a Jesús, que sigue hoy llamando, por amor a la comunidad y a los hombres, sobre todo a los más pobres, y también por el interés que siento por vosotros.

A esta vocación se le llama de modo especial don de Cristo a su Iglesia y, por ella, al mundo. Es un verdadero regalo. Nada tiene de privilegio y mucho de servicio. Cada sacerdote, cada religioso o religiosa es un don total a la Iglesia, es decir, también al mundo.

Don y necesidad. Necesitamos sacerdotes, para la Diócesis y para ayudar a otras comunidades hermanas, sobre todo en Hispanoamérica. Y deseo que lleguéis a ver que necesitamos, en la Iglesia, el testimonio de vida en el seguimiento radical de Cristo, como es propio de la vida consagrada.

Presento unos rasgos, seis, de esta vocación.

1º. - El primero es que esta vocación es también un acontecimiento. Me refiero a la vocación de consagración a Cristo, a la Iglesia, al Reino, al servicio de los hombres, de la comunidad, al servicio de los pobres, de los inmigrantes.

En la vida de cada uno de nosotros, los llamados con esta vocación, ha existido este acontecimiento: la vocación al servicio único del Señor, del Evangelio y de la Iglesia es un hecho. Es un acontecimiento. No es una idea abstracta. El hecho es para cada uno y lo es para

la Iglesia. La ordenación sacerdotal, la profesión religiosa es un acontecimiento personal, pero es también acontecimiento del todo eclesial.

Por una teoría no se arriesgan tantas cosas entrañables como al padre y a la madre, no se renuncia al matrimonio y a crear una familia, ni se renuncia a que un día un niño pueda llamarte 'padre'. Es bueno, grande y bello a lo que se renuncia. No es a algo prohibido. Pero el llamado entiende que para él y para la Iglesia y los hombres es más bello y mejor haber conocido en buena medida el amor inmenso y extremo de Dios, el haber sido amado de este modo. Y, a la vez, tengo la certeza de ser invitado a amar a Dios con todo el corazón y a amar a todos del modo más parecido al amor de Él, es decir con entera libertad y sin atarse ni excluir a nadie.

La vocación, como os repito, es un acontecimiento de consecuencias concretas en la vida, en el proyecto personal de quien la recibe. Si nos preguntáis si ha habido en nuestra vida un encuentro personal con el Señor, pienso con verdad que la vocación fue y es un encuentro con Él, un encuentro lleno de emoción, de gratitud sincera, también de sano temor, un encuentro inolvidable. Respondimos a ese encuentro. Pasó por mi vida el Señor, me llamó por mi nombre. Eso fue. Hoy con vosotros lo vuelvo a recordar y a agradecer. Y gracias a ese encuentro, entre otras razones, esta mañana estoy con vosotros. Os digo más, tengo conciencia no sólo de no haber sido engañado, sino de que ha merecido la pena vivirlo y seguirle a Él.

Perdonad que os insista en esto. Y es que para nosotros, los creyentes, y para la Iglesia, la vocación al sacerdocio o la vida religiosa no es simplemente un accidente fortuito. Pudo serlo el modo o la ocasión. Pero esta realidad no es producto de una improvisación (Cf Ef 1). No es algo accidental o superficial. Es una marca honda, es un rumbo marcado por Dios para todo nuestro vivir en la Iglesia y en el mundo.

Porque la vocación cambió el rumbo de la vida de Abrahán, de Moisés, de David, de Jeremías, de Pedro, de Mateo, el publicano, de Pablo, el perseguidor. Como cambió la vida de Nuestra Señora.

La cambió con consecuencias que no se pueden vivir responsablemente de un modo inconsciente o rutinario. La vocación es comenzar a andar por un camino que, en cada época, a veces a menudo, se nos va abriendo. Existe la segunda y la tercera vocación en la historia de los Evangelios.

Esta manera de ver y de pedir que veais la vocación al ministerio y a la vida consagrada obedece a varias razones:

- porque es algo real, no simplemente imaginado, como os decía;
- porque es algo en mí, pero no en la periferia de mi ser;
- porque es algo que 'marca' a diario mi modo de obrar, de pensar, de valorar;
- porque es algo que inicialmente no surgió de mí, sino que fui llamado. Es don, es gracia. Por eso mismo, siendo consecuente, no puedo dejar de ser lo que soy por capricho o iniciativa mía, o por las dificultades que encuentre. Sólo otra vocación, igualmente cierta, debería hacerme cambiar de ésta, de la que ahora creo con seguridad tener.

Es, también, para volver, con frecuencia, al amor primero, a los primeros amores (Cf Os, 2,9; Jer 2,2) Volver hasta con el sacrificio propio al primer ideal, volver a la fidelidad y a la alegría.

Además de acontecimiento la vocación de servicio en el ministerio o en la vida consagrada tiene otras características por parte del Señor y por parte de quien es llamado.

2º. - El segundo rasgo: La vocación es, ante todo, llamada de Cristo. Como he repetido, la iniciativa partió de Él. No soy yo quien pone rumbo a mi vida. Con lógica, como he dicho, no puedo cambiar o abandonar la vocación por las dificultades, que me surjan. La dificultad entra de lleno en el camino de la vocación, y el mismo Jesús la experimentó. Fue fiel hasta con el sacrificio total. Sólo se cambia de vocación, cuando me queda claro que el Señor,

a partir de este momento, quiere otra dedicación de mi vida. La iniciativa ha de volver a tomarla Él. Es muy serio el ser llamado y muy gozoso también y está lleno de esperanza, porque en todo momento está muy cerca Él.

La vocación, por esto, es igualmente opción clara por Cristo, por un Cristo vivo y personal. Personalmente querido, admirado, aceptado y creído. 'Te has ganado mi vida, Señor'. La vocación, desde nosotros es, ante todo, respuesta personal a la persona de Cristo, el que se entregó por los hombres, resucitado, el Señor, el Cristo pascual. La 'piedra angular desechada por muchos'. Este Cristo ha pensado en mí y me llama por mi nombre.

Sobre esta opción y respuesta debemos orar largamente. '¿Quién soy para ti?', me pregunta Jesús. (Cf Mt 16) Y también yo le pregunto a Él: '¿Quién soy yo para ti, Jesús?'

San Marcos, cuando se trata de la vocación de los Apóstoles hace una síntesis preciosa, muy sugerente y verdadera. Los llamó por su nombre para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar (cf Mc 3, 13-14). Lo primero es estar con Él, caminar con Él, convivir con Él, estar a su servicio, y, luego, compartir con otros el gozo de este encuentro, darlo a conocer, contar a otros, a muchos, la propia experiencia, como hace Pablo y decirles que ha merecido la pena.

Os sugiero que acudáis a este texto alguna vez o muchas. 'Estar con Él, caminar con Él, e ir a predicar estando con Él'. La misión, él envía, el salir cada día es parte de la vocación, esencial en la vocación, pero siempre será con Él, que es la Vid. Él que es imprescindible, Él que ha dicho: "Estoy con vosotros".

3º. - Tercer rasgo. La vocación, es cierto, supone de algún modo ruptura. Es dejar e ir dejando otras opciones, otros modos, otros bienes y valores. Tiene más de abandonar por Alguien que de almacenar. Tiene, sin duda, exigencias, pero es mucho mayor la oferta.

No es correcto hablar, en primer lugar, de exigencias o preferentemente de ellas, sino que hay que hablar, primero, de las ofertas y valorarlas. En virtud de esta oferta permanente, la vocación supone ir dejando, 'dejando las redes', con todo lo significativo de esta palabra, como quien va de camino, peregrinando, con una mochila ligera, pero grande el corazón. Y saber también por quién se deja y por qué se deja. Es decir, ser inteligentes (Cf PO, 3; PDV. Lc 14, 25-33).

¿Cuál es la oferta? Estar con Él, vivir como Él vivió, compartir la vida con Él. La oferta concreta es. '¿Quieres venirte conmigo? Te ofrezco lo que soy. Podrás conocerme a fondo. No tendré secretos. Compartiremos todo. Te confiaré mi Palabra, que hagas realidad la Eucaristía, y que perdones. Te entrego mi 'cáliz', el que Yo he bebido. ¿Quieres anunciar el Evangelio como Yo lo he hecho? ¿Quieres ser libre, ser pobre, ser servidor incondicional? Te doy mi confianza. Te confío mi Iglesia, por la que he dado mi vida, te entrego la comunidad. Pongo en tus manos mis ovejas y sábetete que tengo otras ovejas. Éste es mi sueño sobre ti. Quiero dar pastores a mi Iglesia. ¿Aceptas mi oferta? He querido necesitar tu vida, de ti. ¿Puedo contar contigo para este noble proyecto? Te repito palabras que dije a los Apóstoles: "No tengáis miedo". Haremos juntos el camino. Junto con otros muchos. ¿Puedo contar contigo? Te aseguro que tú puedes contar conmigo'.

He insistido en las ofertas al ministerio sacerdotal. No hace falta decirnos que se refieren igualmente a la vida consagrada. A los religiosos y religiosas la oferta más luminosa es la de la libertad, que se expresa en la pobreza, la castidad y la obediencia, para ser radicalmente de Cristo, para ofrecer el testimonio de que Cristo es Señor absoluto y que merece ser amado y seguido totalmente y sin divisiones, para vivir la fraternidad y ofrecerla a la comunidad y a todos los hombres con sencillez y verdad, y tener la certeza de que los pobres son queridos.

4. - Cuarto rasgo. La vocación es para hacer la Iglesia, que es lo mismo que decir para hacer, sobre todo, comunidad. (Cf PO, 6 d.e.f). El deseo profundo de Cristo, y por el que también entregó su vida, es reunir a los hijos de Dios dispersos y hacer nacer un pueblo nuevo.

Para hacer comunidad de hermanos es el ministerio sacerdotal, y expresión de esa fraternidad es la vida consagrada.

Para hacer comunidad con el servicio de la Palabra, con la celebración de la Eucaristía, con el sacramento del perdón, con la entrega de la propia vida. Criterio discernidor de la vocación es el esfuerzo por atender a la comunidad, dedicar tiempo e interés a la comunidad, orar por la comunidad, discernir en comunidad. La Iglesia es misterio de comunión. Sin comunión no existe la Iglesia de Jesús. Sin comunión no existe la misión. Y la comunión lleva la marca del obispo, por voluntad de Jesús.

La comunidad se fortalece con los carismas y servicios. El sacerdote es alentador de vocaciones. El sacerdote ha sido y es mediador de vocaciones a la vida religiosa. Y es convencido y permanente animador de la vocación laical. A los laicos es Cristo, el Señor, quien les da sus derechos y deberes, necesarios para construir la Iglesia y para realizar su misión. Hoy la evangelización no puede entenderse sin los laicos. Por eso, el sacerdote se toma muy en serio el cultivo de la vocación santa de los laicos y los llama de corazón 'hermanos'. En la vida de la comunidad todo es de doble dirección, es 'circulante' también. Es decir, damos y recibimos. Los sacerdotes recibimos más de lo que damos, con poco que estemos atentos.

Por eso la vocación sacerdotal tiene un fuerte instinto de compartir, y no se puede vivir en solitario (PDV, 17).

5. - Quinto rasgo. La vocación es para el servicio. Servir es un verbo que hay que saber conjugar en primera persona, como Cristo, el Señor, Siervo de Yahvé. 'El que vino a servir', así se llama Cristo a sí mismo.

La vocación, en lo que tiene de ruptura, predispone para el servicio. Porque sólo los libres son capaces de servir. Un camino acertado para la libertad es ponerse a servir. Fue el camino que Cristo recorrió paso a paso y por todos los senderos. Un día puso en manos de sus Apóstoles un precioso y significativo obsequio. Fue una toalla y una palangana. A nadie se le había ocurrido antes hacer este regalo.

Pero, se sirve de cerca, como Jesús. Se sirve empezando por los más necesitados y los más débiles. A éstos buscó Jesús y ellos lo buscaban a Él. Han de saber que en la Iglesia tienen su casa, recuerda el Papa Juan Pablo II. Es hermosa esta tarea de la vocación.

Aparece fortalecedora la figura de Nuestra Señora. Lo entendió por completo. Se llamó 'servidora'.

6. - Por último, sexto rasgo. Para terminar he de subrayar que la vocación es para la misión, para ser enviado, para anunciar el Reino, es para evangelizar. Los llamó para enviarlos, comenta San Marcos, y lo hizo (cf Mc 16,15).

Un día el Señor se conmovió por la situación de la gente. Sintió compasión. La miró con amor. Entendió que la solución, después de su venida, es que haya obreros, más obreros en la mies. Y entendió a estos obreros como un don y regalo de Dios, y por eso se deben pedir cada día y por todos. Podéis leerlo en el Evangelio de San Mateo, capítulo 9, 35-38.

En otro momento histórico, Dios estaba oyendo el dolor de su pueblo esclavizado en verdadero campo de concentración. Decidió liberarlos y pensó en Moisés. Muchas veces, la chispa de la vocación prende de la mirada serena y esperanzadora de la situación dura y esclavizante del mundo.

¿Cómo veis el mundo de los jóvenes? ¿Cómo veis la sociedad actual? ¿Qué os pesa de ella?. Os digo que hoy es un momento privilegiado para la vocación como misión. Porque el mundo necesita a Jesucristo, aunque no lo admita. Porque las comunidades necesitan la Eucaristía, la palabra y el aliento del pastor, para anunciar a Jesucristo, la Buena Noticia. Porque necesitan el testimonio del seguimiento total de Cristo, que se expresa en la vida

consagrada y en la vida fraterna. Es momento privilegiado. Porque ser sacerdote en nada es un privilegio social. Hay que aceptar a veces hasta el rechazo o la sátira.

Las motivaciones han de ser del todo limpias: Seguir a Jesucristo, que vino a amar, a servir, a entregarse, a soportar la contradicción, a ofrecer la gratuidad, a mantener la esperanza. Responder a la llamada misionera hoy sólo puede darse con una generosidad sin mezclas.

‘Pido, Señor, servirte a ti, servir al Evangelio, servir a los hombres, mis hermanos, servir a los más pobres, ir a los alejados, llenar el mundo de tu esperanza. ¿Me quieres llamar? Entiendo que aceptar la vocación al ministerio sacerdotal o a la vida religiosa es un modo extraordinario y excepcional de amarte a ti, pero también, de amar al mundo, de amar a los hombres, como Tú, hasta el extremo’.

Conclusión

No podía ocultaros el presentaros la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada. Fue una preocupación primordial de Jesús. Empezó llamando, buscando colaboradores a quienes confiar su misma misión.

Ni os lo podía ocultar por un motivo personal. Esta vocación ha ocupado mi vida, desde niño. Por el sacerdocio, al que entendí me llamaba el Señor, estudié con interés, recé con seriedad, busqué la amistad que me ofrecía, sentía la responsabilidad de que Él se fiara de mí y esto me daba coraje. Han sido cincuenta años de mi vida.

Al alcanzar esta meta, pido con fuerza y esperanza que mi vida tenga continuadores. Me toca ir pasando el arado. Lo seguiré agarrando mientras tenga las fuerzas que el Señor me dé. Con interés le rezo al Señor que se alcen otras manos para coger la esteva.

Me da pena y preocupación el mundo, que amo, viene a decir Jesús. Me da pena que el mundo rechace mi proyecto. ‘¿A quién enviaré?. Eso le preguntó el Señor a Isaías. Y él respondió con prontitud: “¡Aquí estoy! ¡Envíame! (Is 6,8).

La propuesta es apasionante. La propuesta no es nada fácil. La respuesta se hace de la amistad de Cristo y de la amistad con Él. ‘Amigos’, los llamó. La respuesta se hace de oración y de escuchar la Palabra y el proyecto de Jesús. La respuesta la dan los pobres, que poseen una generosidad sin límites. La respuesta exige esfuerzo, claridad de ideas y coherencia, mucho amor y cúmulo de servicio. La respuesta está llena de esperanza, que se apoya en la gracia, porque el tesoro es portado en vasijas de barro. En la respuesta está la certeza de que Jesús está conmigo siempre.

En Santiago, el año 2004, caminando, el Señor salió a mi encuentro. Como Pablo y como tantos, que lo han querido y lo quieren y sienten admiración por su proyecto, le pregunto de corazón: *¿Qué quieres que haga?* A San Pablo, según le indicó Jesús, le respondió la Iglesia. Fue Ananías. ‘Señor, *¿qué quieres que haga?*. Espero tu voz. Con tu gracia y amistad espera Tú mi respuesta. En mi corazón hay alegría.

7, agosto, 2004